

“No está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho”

(Teresa de Jesús)

Caminando por el barro de la historia, Teresa, la mujer mística, pero no absorta tras las rejas de su convento, llega hasta nosotros, religiosas y religiosos del s. XXI. Nosotros, hombres y mujeres necesitados de reforma, pasión, profecía, compromiso, contemplación y fraternidad.

TESTIMONIO nos deja en su compañía durante todo este año 2015. ¿Qué vamos a descubrir y de qué vamos a disfrutar? De palabras penetrantes, pensamientos iluminadores, actuar lúcido y audaz, de protección y gracia abundante para responder a las llamadas íntimas que vienen de Jesús, el amado. Nos va llevar a lo esencial, nos motivará para hacer una nueva experiencia vital; esa experiencia supone una conversión a una propuesta de vida religiosa revitalizada. “No es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia”. Vayamos al fondo de las cosas. Procedamos con seriedad. Para algunos estamos entre la vida y la muerte y para otros es urgente pasar del problema al desafío y para todos estamos en un año de gracia y los milagros son posibles. La CLAR en su Plan Trienal nos deja con interrogantes radicales.

En una palabra, Teresa es un camino espiritual nuevo; el que necesitamos recorrer en este momento de nuestra historia. Lo vamos a describir con más detalle.

Solo se recorre apasionados por la vida; ardiendo nuestro corazón; el fuego es un buen símbolo de Teresa y del que, al menos, hay que quitar las cenizas de encima; ella enciende nuestro fervor vital para caminar a buen ritmo.

Lleva a entrar en el castillo interior donde hay muchos aposentos. Ahí ella se hace compañera y maestra. Es bueno llegar a la intimidad, ya que lo esencial es lo interior pero evitando el intimismo.

Allí no estamos solos. Está habitado por personas que quieren siempre más. Entramos en el aposento de Teresa y en otros muchos. Vivimos fraternalmente con otros y otras y hay mucha vida y se advierte porque se produce “un perfume que llena toda la casa”.

Salimos al jardín y nos dedicamos a “sacar agua del pozo... y así regar la tierra”. Eso es la oración, la espiritualidad: agua que riega el huerto, que mantiene “el trato de amistad”; si no se da el agua, sobre todo en verano, todo se seca.

Aquí vivimos una profunda felicidad y gozo. Ya que “tristeza y melancolía, no los quiero en casa mía”. Cuando esa alegría existe se tienen fuerzas para comprar un campo aunque haya que vender el otro.

La protagonista de esta vida, la “dueña” del castillo es una mujer y “con fuerza de varón”. Ya hace cinco siglos Teresa nos hizo soñar en la fuerza de lo femenino en la sociedad, en la Iglesia y en la vida religiosa. Y nos sigue haciendo soñar con su alma de mujer.

Por supuesto, Teresa habló mucho y bien. Lo pudo hacer porque escuchó mucho y con mucha atención. El Señor le hablaba al oído y sobre todo al corazón. Le movió “la fuerza que hacían en ella las palabras de Dios tanto oídas como leídas”. Fue lectora inteligente y discípula madura y por eso pudo terminar siendo maestra de multitudes.

Lo más opuesto a Teresa es la mediocridad; procedió en todo “con una determinación bien determinada”. Lo que más le sacó de la tibieza fue el amor ferviente, la fuerza del amor. De él parte para llegar al matrimonio espiritual y así es una en y con Cristo. Su vida fue Él.

Así llegó hasta las terceras moradas, a la prueba del amor unido a la humildad que es “el ungüento de nuestras heridas” y lo que hace creíble nuestra vida.

En esas terceras moradas Teresa aprende a volar. “Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capullo. ¡Hanle nacido alas! ¿Cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso?” A eso se llega cuando se ha descubierto la gratuidad; cuando se han dado varios pasos más y se ha entrado en las quintas moradas y llegado a la contemplación mística.

Así se sale del castillo y se va de nuevo al monasterio, al de San José, al de Toledo, Sevilla, Alba... y se está lista para vivir una vida consagrada refundada. Teresa se considera a sí misma “piedra tal que se torna a le-

vantar el edificio y que el Señor ayudará para ello”. Será un edificio re-fundado. Teresa dinamizó una vida consagrada nueva.

En el recorrido de este camino, Jesús se ha revelado a Teresa, como principio y meta de todo. El ha sido y es “el libro que deja impreso lo que ha de leer y hacer de manera que no se pueda olvidar”. La humanidad de Cristo le pone rostro, palabra, presencia, corazón, manos y nos lleva a sentir como Él sintió, hablar como Él habló, a pensar como Él pensó y a amar como Él amó; en una palabra, a vivir como Él vivió. La humanidad de Jesús le hizo plenamente humana a Teresa.

A Teresa de Ávila la rebautizamos como Teresa de América Latina. Ella es una y poliédrica. Es una mujer que hizo el camino que hemos señalado; luchó fuera y dentro de sí misma; una mujer que con un amor grande encontró las fuerzas y el dinamismo para ser feliz. La necesitamos muy especialmente en nuestro continente para dar el paso hacia “una nueva forma de vida religiosa” (HI 6). Ese gran desafío nos dejó la CLAR en el horizonte inspirador elaborado para este trienio. En boca de la Santa ponemos el mensaje central del mismo: “Sean casa de encuentro, comunidad de amor y corazón de la humanidad” y serán felices y fecundos; así tendrán a Dios y a quien a Dios tiene nada le falta.

No hay duda de que vivimos en tiempos también “recios” de extendidas incertidumbres y de escasez de proyectos de amplio horizonte; en tiempos en que “parece haberse perdido el rastro de Dios” (VC 85). Conocer, amar y vivir como Teresa puede convertir la vida consagrada en cercanía y misericordia, parábola de futuro y libertad de toda idolatría, en mediadora de comunión, en centinela orante en la cima de la historia, en solidaridad con la humanidad, en sus afanes y en la búsqueda silenciosa del Espíritu. Ella nos hace capaces de Dios y capaces de amar y de ser amados. Eso es un fruto maravilloso.